



incumbable

Número 142
SEGUNDA EDICION

Marzo 1961

El espíritu fraterno en las personas e instituciones de Cáritas

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. don Arturo TABERA ARAOZ
Obispo de Albacete

NOS referimos, como el título denuncia, a los "profesionales" de la caridad. Y decimos "profesionales" en un sentido ponderativo y espontáneo, no peyorativo, y mucho menos irónico, señalando a los que, por una vocación que, a buen seguro, les ha venido envuelta en circunstancias providenciales, a veces conmovedoras, han sido llevados a entregar su vida, o un jirón de ella al menos, a la evangelización, a la organización o al ejercicio práctico de la caridad en instituciones que para ello tiene establecidas la Iglesia. ¡Grave honor y grave responsabilidad la suya!...

En realidad, todo cristiano, por el mero hecho de serlo, es un "profesional" de la caridad, del amor fraterno, el afectivo y el efectivo. Si el amor fraterno es la ley suprema—"la ley regia", diría Santiago (Jc., 2, 8)—y el distintivo de los seguidores de Cristo, es también, y por ello mismo, el quehacer, harto olvidado por cierto, de su vida mientras Él vuelve a juzgarles, precisamente de este amor realizador en bien de sus hermanos (Mth., 25, 40). Todo esto es verdad, pero también lo es que para el grupo de cristianos que trabajan y se afanan en las organizaciones de caridad, sean ellas las que fueren, ha de ser más urgente e insoslayable el hacer del amor fraterno, con todo lo que él entraña y todo lo que él exige, un culto especial y la ilusión más entrañable de su inquietud.

Sólo quiero referirme, porque otra cosa no permiten los estrechos límites de este articulillo escrito a vuelo de pluma y entre agobios, a dos aspectos, entre otros tantos que, en esta vertiente, sugiere el tema incitante de la autenticidad de la caridad entre aquellos que a sus obras se dedican.

El primer aspecto es el de las relaciones entrañables de los que forman el ejército caritativo, con todos sus prójimos, y de modo especial con aquellos que o comparan ilusiones y actividades en Cáritas o son beneficiarios de sus servicios samaritanamente fraternos. Los "profesionales" de la caridad han de ser, por fuerza, auténticos practicantes de la caridad. Para ellos, más que para nadie, ha de ser lema de vida y de comportamiento el mandato de San Pablo (I Cor., 16, 14): "todo hecho en caridad". Sería un contrasentido, y un escándalo al mismo tiempo, que así no fuese: que los que se dedican al ejercicio externo y organizado de la caridad ni amasen a los demás ni se amasen entre sí; o no amasen y no se amasen en hondura

ra y con todos los primores de sinceridad y de entrega que este dulcísimo y asombroso mandato del Señor exige. Y no es difícil que, desgraciadamente, así fuera por culpa de esa tremenda falta de lógica y de autenticidad, que con harta frecuencia se da en el complicado engranaje de las acciones y reacciones humanas, o por culpa también de ese contagio ambiental, tan pegadizo y peligroso, en un mundo en el que cuenta muy poco el espíritu fraterno. Tal escándalo—además de otros males—iría directamente a desnaturalizar y a frustrar la fuerza de testimonio que la unión cordial de todos los suyos, como pedía al Padre el Divino Maestro (Jo., 17, 22-23), ha de presentar al mundo en abono de su misión y de su obra. Creo yo que, acostumbrados estos apóstoles y testigos de la caridad a la meditación de los principios divinos de donde fluye la obligación de amar, y a ahondar en el abismo sin fondo del misterio de la caridad; que viviendo en un ambiente cálido de amor fraterno, en el que la palabra "caridad" hace vibrar de continuo los aires y brota sin cesar de los labios como una flor; que manejando con el alma en tensión los problemas que plantean unos hermanos que, en nombre de Dios, piden amor..., necesariamente han de estar ganados y entusiasmados por la gracia del amor, han de sentir el impacto de la preocupación de Jesús por el amor y la unión entre los suyos y habrán hecho de esta preocupación y anhelo divino su propia preocupación y anhelo. Por fuerza habrán de amar como Él quería a todos los hombres y de modo especial habrán de amar a los que con ellos comparten ilusiones y afanes en la misma tarea de sembrar amor en el mundo y de dar y darse a los demás en amor y por amor. ¡Gran mal y desatino sería que los "profesionales de la caridad" resultasen los "asalariados de la caridad", o los fariseos escandalosos y condenados de la caridad sin caridad!

Pero hay algo especial que recorda insistentemente, casi con angustia, a todos los que trabajan en el campo de la caridad y de la beneficencia para que el desgaste del trato difícil con prójimos maltratados, la prosa de la ocupación monótona de cada día o de cada hora, el agobio del quehacer humilde y oculto, o el hielo de una burocracia administrativa..., ni roben quilates a su caridad, ni mermen o ajen el encanto y frescura de su amor, ni desgasten el sentimiento de responsabilidad que exige un tal servicio o la conciencia del honor que en tal servicio reciben; ni nublen la vista de una presencia de Dios que explica e ilumina el misterio. Yo me atrevería a decir a todos los que hacen de la caridad organizada la tarea de su vida, varias cosas importantes: Que no les debe bastar tener una ocupación o preocupación fría por los hermanos menesterosos; es necesario amarlos también; pero amarlos en cristiano, mirándolos y viéndolos limpiamente a la luz de la fe y con las "entrañas conmovidas", como el samaritano de aquella parábola que es paradigma insustituible de la conducta del "caritativo". Lo contrario se convertiría prácticamente—y pluguiera a Dios que no fuese así con frecuencia—en una pura filantropía. Pío XII, dirigiéndose precisamente a religiosos, que por consagración se entregan al ejercicio de las obras de misericordia, expresaba con inquietud el peligro de una desdivinización, diríamos, del ejercicio de la beneficencia: "La beneficencia que no brota de la fe, sino de otro manantial, ni es caridad ni puede ser cristiana: tiene la caridad un hábito y una fuerza de que carece la simple filantropía". Ni les debe bastar amar en lejanía. Hay que amar en proximidad; quiero decir acercándose, poniendo las manos y el corazón en las llagas: es ésta, precisamente, la gran revelación y el gran mensaje de la parábola del Samaritano que precave y previene tanto, al menos, como contra la indiferencia de los que pasan de largo, contra la burocratización deshumanizada de la caridad. También Pío XII advertía certeramente el peligro: "Es insuficiente la mejor organización caritativa; hay que añadir necesariamente la acción personal, que va buscando el franquear las distancias que se-

paran del menesteroso, y que nos acerca al necesitado porque es hermano de Cristo y hermano en Cristo". Que no crean ilusamente que les puede bastar amar a Dios, como tal vez se dice, sin amar a los demás "en obra y en verdad", no sólo de lengua y profesión. "Es una desgracia para la Humanidad—decía Bruce Marshall—que los protestantes sólo amen al prójimo y los católicos sólo a Dios". Dejando lo que tiene de paradójica exageración la frase, si que hace meditar y pone en guardia contra esta deshumanización imposible de la caridad a sus "profesionales". En el Evangelio, en San Pablo y en San Juan se halla la síntesis maravillosa y exacta: no se puede amar sólo a Dios sin amar al hombre; será ello un intento vano e imposible: "Quien no ama al hermano, a quien ve, ¿cómo amará a Dios, a quien no ve?" (I Jo., 4, 20). "Y si uno, cerrando las entrañas, se alejare de su hermano menesteroso, ¿cómo permanecerá la caridad de Dios en él?" (I Jo., 3, 17). Y la realidad de esta síntesis divina en ninguna parte, tal vez, aparece tan intuitiva y concluyente como en la revelación que nos hace el Señor en la profecía del último juicio, punto de referencia imprescindible y urgente al hacer la caridad y al hablar de ella. En el inefable sentido misterioso de las palabras de Jesús (Mth., 25, 40) se esclarece, en paradójica sorpresa, todo este misterio que envuelve a la caridad realizadora: lo que hacemos con los pobres y miserables lo hacemos con Él mismo, que, misteriosamente, se esconde tras ellos y con ellos se identifica. A esta luz, cada pobre a quien servimos en nuestra Cáritas es un llamamiento perenne, con su miseria y su angustia, a nuestra conciencia fraterna y como un sacramento del Gran Pobre, Jesús; y los servicios fraternos de nuestras instituciones encuentran ya a la mano, sin esperar la llegada de la eternidad, su espléndida e insospechada recompensa: la del gozo de encontrarnos con el Señor y servirle, como si estuviere ante nuestros ojos atónitos y al alcance de nuestras manos temblorosas, siempre que nos encontramos con los pobres y les servimos con amor. Es un nuevo mundo el que se descubre desde estas alturas bellísimas, insospechadas para el hombre. "Entonces dirá el Rey: ¡Venid,

benitos de mi Padre..., tuve hambre y me disteis de comer!".

* * *

El segundo aspecto es el espíritu fraterno entre las diversas instituciones caritativas o diversos organismos de las mismas. En estas instituciones y entre estas instituciones de caridad no cabe más que exigir esto: caridad, con todo lo que tiene de hondo, de exigente y de apremiante la caridad. No es ella flor que sólo individualmente haya de cultivarse; también han de cultivarla corporativamente—¡y qué reminiscencias y añoranzas del Cuerpo Místico pone aquí esta expresión!—las asociaciones caritativas. Parece que huelga decirlo, y que estamos haciendo un gracioso juego de palabras; pero no es así y hay que decirlo. A todas las organizaciones de acción apostólica en la Iglesia advertía Pío XII: "La caridad debe ser la fuente inagotable y vivificante del esfuerzo de los hijos de la Iglesia y sólo a su luz puede ser estimado el valor de nuestra acción cristiana: si la caridad divina a deja de inspirarlo, ningún problema puede lograr eficacia sobrenatural". ¡Cuánta mayor validez no tendrán estas palabras para Cáritas!... Sería otro contrasentido que los apóstoles y los servidores de la caridad, trabajando en el mismo campo, se desconociesen o se combatesen; y para desconocerse y combatirse, desconcertadamente invocasen los intereses de la caridad. En este campo divino no puede haber obra exclusiva o excluyente, no hay más que obra en unión y en amor; no tanto por exigencias tácticas o estratégicas de eficacia, cuanto por exigencias que son vitales en la economía de la Redención. Para todos, individuos y corporaciones, proponía San Pablo, como programa de vida, de comportamiento y de acción, aquellas palabras a los Filipenses: "Colmad mi gozo de suerte que sintáis una misma cosa, teniendo una misma caridad, siendo una misma alma, aspirando a una cosa sola..., nada por rivalidad ni por vanagloria..., no mirando por el propio provecho, sino también por el de los demás" (Filipenses, 2, 1 sig.).

Este es el auténtico e insoslayable espíritu fraterno de personas y asociaciones en Cáritas.